

Cajita de Madera

Le dije que espere -espéreme- tenía que buscar, en mi cajita de madera, el sobre azul marino que contenía las palabras a decir. Me asombraba cuán rápido caminaba. A su lado tenía que encontrar un equilibrio ideal para poder ir a un ritmo que no sea ni muy lento ni muy veloz. Miré al suelo y a sus ojos. No le dije nada sobre ellos. Pensé, siempre al verlo, que eran muy profundos, audaces lucían. Le expliqué por que me dedicaba a lo que me dedicaba – Desde chiquita que se imaginar- Tenía que transmitirle que lo que hacía era lo que amaba. Sentía miedo tal vez deseo. - ¿Usted hacia dónde va? Le pregunté en qué sentido de la ciudad vivía, si iría a doblar en la próxima esquina. -A mí me conviene cruzar señor- hallar algún escondite para buscar en mi cajita de madera el sobre rojo morado que contenía las emociones más precisas para expresar. La avenida parecía ausente, recortada en el mapa. Sólo las luces representaban la realidad. Me habló y en el instante no comprendí su frase. Le dije: -Qué extraño lo que acaba de decir- Nos reímos. Dentro mío una extrema sensación de hablar en el lenguaje de algún mágico universo, ese del sentir. - Espéreme señor- tenía que buscar en mi cajita de madera el sobre celeste agua que contenía las melodías propias para aquel azahar. Le dije que las cosas podían fluir. Él había estado yendo y viniendo, sin embargo, se sentía estático. Le pregunté si huiría - ¿Y usted, ¿qué pasa con usted? – Se sorprendió y me sorprendió mi sinceridad. No quería escapar. Rendía las materias de mi propia voluntad, buscaba en el tiempo llegar a concretar una parte de la verdadera forma de... Le dije que iba a llegar. – ¿Usted piensa ir conmigo? – Su casa estaba detrás. Por un momento no respiré, anhelaba

encontrar en mi cajita de madera el sobre rosa coral que contenía los minutos justos para dejar las cosas tal como estaban. -Hola, ¿me escucha? – No se habló más. Nuestro alrededor nos describía. Los colectivos eran aviones. - ¿Acaso no hay más gente en la ciudad? No se habló más. Tomó mi mano. De fuego era su piel, su ípiel en mi piel cortaba las líneas. Abría la excusa. -Debo irme- Le dije. Podíamos encontrar una nueva posibilidad. Tiempo atrás habíamos estado bebiendo vino de chocolate. Él me había llamado y ni cuenta de eso me daba es que estaba buscando en mi cajita de madera el sobre gris que contenía las justificaciones más necesarias en caso de percibir soledad. Lo voy a rozar. Le dije: -Qué suceso el de hoy-. Todo pasaba rápido, entre las copas de vino y la noche tardía. Estábamos destinados a encontrarnos y se acercaba la lejanía más extraña que cualquier tipo de distancia. Hablo de esa que se manifiesta desde una sutil calidez por brindarle al otro el bien de la libertad y sin embargo querer sujetarlo hasta que cada partícula entre en el alma de uno y se funda dentro de sí. - ¿Me podría despertar? - Le dije que me dejara que el ómnibus no tardaría en llegar. Y ahí mismo, ahí mismo sí, rogamos, empezamos a rogar; hablar de a dos. Que todo se detuviera y pudiéramos comenzar a vivir. ¡No! Tenía que buscar en mi cajita de madera el sobre color verde esmeralda que contenía las esperanzas más lindas en relación a una conexión. - ¿Y por qué? - Le dije que no contestara, que no diga que mañana sería otra aventura porque no quedarían ya rastros de lo que pudo haber sido. -Y porque ya nada es como hace unos segundos- si me quedaba un instante más la poesía se volvería carne y la carne en razón. No juguemos ahora, antes tendría que buscar en mi cajita de madera el sobre color violeta que me daría los dados del destino para lanzar sobre el espacio. -Espéreme

señor- tomé mi bolso y lo apoyé en el asfalto como dando a entender que la búsqueda llevaría un rato y disponer de las dos manos en toda ocasión es mejor porque podría conocer su cuello, mezclar su cabello y oír esa vibración que sólo una unión franca podría ocasionar. -No veo nada- Le dije que recordara mi nombre. No pudimos entender más quiénes éramos. ¿Morimos? Mi segunda pregunta. Desaparecemos le dije y se me piantó un lagrimón porque no es posible que no veamos más a alguien que tanto hemos querido. Le dije que pensáramos en el viento, que estaba hecho de tanta pureza y frescura; aquella que le habla al no ver para despertar la alegría de estar de pie. Y así busqué en mi cajita de madera el sobre color blanco marfil que contenía las miradas más esenciales del ser, esas de niño, las que regala un bebé. -Espéreme señor- una vez más, ya podía intuir que su sonrisa se acercaba a mi frente como un animal a su hogar. En ese instante mismo vi mis labios desaparecer en una suerte de intervalo colmado de fantasía. No entendía. Necesitaba comerme al señor y él ya me había devorado. Entonces esperé que el ómnibus por fin llegara. De verdad había llegado el momento de alzar mi cartera del suelo y parir, digo, escupir, digo partir. Partir. Como si ya no comprendiera la diferencia entre ser real y sentir el presente en su más insólita espacialidad. No estaba conmigo, había alguien más. -Qué noche larga- que había sido un gusto conocerlo, le dije, mientras una luz roja con forma de números me gritaba al oído- ¡Arriba por favor! – Sentada en un asiento de cuero; ubico a mi lado la cajita de madera. Saco un sobre sin color y guardo, entre sonrisas, esa noche. Ya no había más nada, ya no había más nada que buscar.

Tara